

P. Sebastián Englert

El finado Don José Dolores Carrasco

(El padre Sebastián Englert, intérprete del Sur de Chile)



LETEANTES las haldas del hábito de misionero, varoni! el paso, viva la azul mirada sajona a través del vidrio de los lentes, un puñado de oro las robustas barbas, pasa el padre Sebastián por las desniveladas aceras del poblacho cordillerano de Pucón.

Va, de seguro, a aliviar la desgracia de algún colono, caído en la brega, como la del José Dolores Carrasco de su cuento o a llevar el bálsamo de la fe o de la palabra amiga a una de estas casitas, cuadradas como cajones, patinadas de humedad y de musgo que se han ido enfilando a la orilla de las huellas arenosas que, vanidosamente, pretenden de calles.

Agricultores sórdidos, indios primitivos, ávidas gentes de mostrador, aventureros sin Dios ni Ley y en estos últimos tiempos desocupados veraneantes, han cercado con una marea de abigarradas ambiciones la pequeña Iglesia Románica, evocadora de la católica Baviera que, como un arca de salvación, levanta su torre roja y su severo porche en medio de las chatas habitaciones del poblacho.

Junto a la Iglesia, una modesta casita de tinglados tablo-nes. En la casita, una estancia desnuda como una celda y en la estancia una mesa, encrespada de papeles y revistas, de barroos indígenas y viejos libros.

Allí se detiene todas las tardes la infatigable actividad del misionero. Una tregua relativa, es claro. Como el del Cid, su descanso es batallar.

Con una letra menuda, donde en los caracteres latinos se adivinan aún los perfiles góticos, se van acumulando observaciones sobre los araucanos, sobre sus costumbres y sobre su pintoresca lengua, sobre los colonos y pobladores del villorio, cuyas almas el buen capuchino ha penetrado a fondo.

Y por sobre ellos, como una liberación, sus lecturas clásicas. Allí relee a Goethe. La griega serenidad del gran germano templará sus desfallecimientos de luchador. En el equilibrio inteligente de la razón y la materia, del espíritu y del cuerpo encontrará el camino verdadero de la sabiduría y de la paz consigo mismo.

Por eso, junto a las infantiles realizaciones de la alfarería mapuche y a los primitivos productos de sus telares, no desentonarán el Fausto y la Ifigenia, signos de la más alta cultura occidental.

El indio estará presente a cada instante, en la ceja oscura de las selvas lejanas, en el niveo penacho de los volcanes, en los rasgos de sus actuales descendientes chilenos y en las reacciones de la vida cotidiana de la aldea.

Aprenderá a amarlo y a defenderlo de sí mismo y de sus explotadores, al crearle, pacientemente, una responsabilidad.

El gesto franco, el sano consejo, la actitud amistosa serán más eficaces que la sentencia del juez o el mandato del carabiniere. Y ante la pequeña nave de autóctonas maderas chilenas se harán polvo sus rencores y sus mezquindades. La campana, regalada por uno de ellos, tendrá en su volteo habitual un fresco rumor de hojas en la siesta.

El perfil de las hoscas serranías y la sonrisa azul de las aguas le han dado al padre Sebastián su lección de sencillez; de profundidad en la sencillez. Azorin, el claro Azorin, la norma técnica de su convencimiento.

Como versículos bíblicos se tornarán cristalinidad emotiva sus inquietudes de europeo, nutrido en clásicas disciplinas. El escritor castellano, alimentado secretamente por el alemán, nos dará el prodigio de las palabras simples, de las palabras justas, al contarnos las caídas y victorias de sus humildes personajes lugareños.

Los breves relatos sureños del padre Englert tienen, por eso, la cordialidad amable de una conversación; pero su limpia familiaridad nos revela al hombre a través de la gracia del arte realizado.

Numerosos cuentos, entre los cuales figura el que publicamos a continuación y una novela; Jacinto Neculpán, la vida de un joven mapuche educado en las escuelas de las Misiones, forman la obra literaria del padre Sebastián Englert, el de las barbas de oro y el de la buena mirada, reflejo de un corazón sano y abnegado.—Mariano Latorre.



Una casa fría, desmantelada, sin forro abrigador, sin piso de tablas, en el campo. Noche del invierno del sur.

Afuera, lluvia recia y ráfagas huracanadas que hacen crujir lastimeramente las viejas tablas. Adentro, las luces amarillas de cuatro velas, pegadas con su esperma en la orilla de rudos tablones, puestos sobre dos caballetes, a modo de catre.

Dos velas a cada lado y en el medio, un bulto largo, cubierto con un paño de negra percala, donde se pronuncia el relieve de una nariz

Es el cadáver del dueño de casa, Don José Dolo-

res Carrasco, uno de los más viejos colonos de esta región cordillerana.

A la cabecera del muerto están hincadas dos mujeres. Son vecinas, esposas y hermanas de otros colonos que han acompañado a la viuda en la triste etapa del velatorio. Con voces altas y destempladas rezongan interminables rezos funerarios.

De pie, caída la cabeza sobre el pecho y resollando fuertemente como un romadizo, está un hijo del difunto. Cada cierto tiempo se suena con ruidoso aparato. A lo largo de la pared, medio iluminada por las brillantes llamas de las velas, sobre un rudo banco de tabla, suspiran en son de duelo algunos vecinos, en las pausas que hacen las rezadoras. En otra división de la casa, que se comunica con estas habitaciones por un hueco sin puerta, se oyen llantos ahogados de mujeres. Son sus hijas mayores y la viuda de Don José Dolores.

Los niños se han encerrado en la cocina, una casita cercana a la otra, donde una vecina, amiga de la viuda, prepara en una olla grande, colgada con alambres sobre el fogón, la cazuela de media noche para la gente que ha venido al velorio.

Ya están terminando las mujeres sus primeros ofrecimientos. La puerta se abre, de pronto, y entra un grupo de hombres emponchados que saludan a la viuda y murmuran su pésame con voz apagada. En sus mantas peludas traen el olor de la noche y de la lluvia.

Algunos se han sentado en el mismo banco donde

están las mujeres. Otros se quedan de pie, apoyados en las tablas del muro.

Alguien dice:

—¡Por Dios que hace frío!

Luego, una mujer ha traído un bracero con carbones encendidos que chirrian y lanzan chispas. Lo ha puesto en medio de la habitación, entre los hombres y el catre mortuario.

De pronto, tras un prolongado silencio, un viejo de enmarañadas barbas, condensa sentenciosamente el sentir de todos:

—¡Válgame Dios! ¡Qué haya muerto don José Dolores!

Es la señal. Todos comienzan a hablar en una actitud de profundo sentimiento. Comentan todos los accidentes que rodearon al finado, antes y después del inevitable suceso.

Uno dice:

—Antiayer cuando lo vide, estaba más descansado.

Otro replica:

—Pa l'oración taba boquiando.

Y una vieja, doña Nieves, cerró filosóficamente los comentarios, agregando:

—Tenía que morir no más, porque no le queaba na e vida.

Entre los amigos y deudos lamentan la desgracia. Antes del primer rosario, quisiera invitar al lector unos minutos al velorio del finado Don José Dolores Carrasco.

Alguien ha traído un nuevo bracero llameante. Un tibio calor endulza la lobreguez de este cuarto inhospitalario de la montaña. Quiero contarles algo de la vida de Don José Dolores Carrasco.

* * *

La vida del colono del Sur es ruda y sacrificada. Don José Dolores ha sido colono. Gruesas, negruzcas son sus manos. Con ellas ha trabajado mucho, mucho. Ahora sus manos descansan. Las rezadoras se las han juntado una sobre otra, para que no se suelten más. En el hueco de las palmas le han puesto un crucifijo. Antes, estas manazas empuñaron el hacha, el arado, las riendas del caballo. Con el trabajo se han puesto callosas, deformes. Don José Dolores ha pasado su juventud trabajando. Es uno de los primeros colonos llegados a la selva virgen. Vírgenes eran en aquellos años los valles y cordilleras. Pura mancha de robles y raulíes, como nos contaba con deleitación el colono vencedor. Sólo un estrecho camino, la huella, atravesaba la interminable bóveda de follajes.

Hacía treinta años, repatriado de la Argentina, volvió al solar nativo, arriando un piño de animales: su fortuna. En una carreta venía la familia. Desde el Chubut, en plena Patagonia; dos largos meses de viaje. Al llegar, ocupó un pedazo de selva. Al principio, se construyó una estrecha casita de tablas. Es la que ahora sirve de cocina. Después la agrandaron un poco para

colgar choclos, ajos y cebollas. Muchos ajos y cebollas son necesarios para una familia numerosa.

De estos campos, en los veranos secos, nacieron las humaredas cenicientas de los roces. Nubes de humo impregnaban la atmósfera y hacían irrespirable el aire con su pesado olor a maderas quemadas.

El campo requería muchos roces. A veces, no se quemaban suficientemente, pues el fuego es caprichoso y regodeón. Se abalanza, con estallantes chisporroteos, sobre la indefensa verdura de la quila, la arrasa y la destruye como si celebrara un gran triunfo, pero se detiene, vencido, ante los enormes troncos de pellines y coigües. Los lame con sus mil lengüecillas rojas, golosamente. Destruye toda la pompa de su follaje, pero se muere en ellos. Y los deja en pie, carbonizados, con sus trágicos gestos dolorosos.

Incansable, sonó el sordo golpe del hacha y el grito de los colonos que agujijoneaban a los bueyes con sus picanas, en la ruda labor de la destroncadura. En los inviernos, los árboles podridos se desplomaban sobre el descampado. Y entonces, era preciso amontonarlos en rumas, muchas rumas, para quemarlas de nuevo.

Don José Dolores vigilaba infatigable este trabajo. El mismo empuñó el arado con sus gruesas manos, él mismo arrojó la semilla y manejó la guadaña para cortar el trigo y el pasto. Por su frente morena, por sus mejillas tostadas, rodaba en gruesas gotas el sudor, ese acre sudor que huele a trabajo rudo en los días de cosecha y de labor.

Estas manos eran también fuertes para dar de palos a los mozos lerdos. La lucha con la selva secular requería esfuerzos. Defendía su dominio, tres veces centenario, sobre este suelo y Don José Dolores había resuelto vencerla; y por fin se lo arrebató.

Entre cosecha y siembra, entre siembra y cosecha, hacía viajes al pueblo a vender animales en la feria. Iba a la ciudad, a la Oficina de Tierras y Colonización, a pedir la entrega del campo ocupado. Muchos viajes en pleno rigor del Invierno. Al fin, un día, llegó el agrimensor a mensurar las hectáreas, revisar las fajas y avaluar las mejoras hechas por el colono.

Cada año, Don José Dolores hacía un cerco nuevo y quemaba más troncos. De las sesenta hectáreas de su hijuela, veinte están limpias. De la antigua selva dominadora, sólo quedan en pie algunos esqueletos de coigües. Las raíces obstinadas, las últimas, cerca de las casas, han salido, llenas de tierra húmeda, en la Primavera pasada. Sobre el ocre oscuro del humus, verdes la siembra del trigo. El último triunfo del colono esforzado.

Su ruda misión en la tierra, misión bendita que efectuaron sus manos gruesas, manos incansables, manos de trabajador.

• • •

El trabajo requiere alimento. El finado Don José Dolores ha comido mucho en su vida. La sabia natu-

raleza lo había dotado de quijadas anchas y fuertes. Quijadas de comedor. El azar le destinó dos señoras que hacían muy bien de comer. Hábiles en la preparación de cazuelas y de guisos criollos. Había que verlo engullirse los grandes platos de cazuela y roer las enjundiosas costillas, acompañadas de sopaipillas y tragos de chicha y chacolí en las fiestas de La Cruz de Mayo, San Juan y Novena de San Roque.

Una suerte, una gran suerte que el finado gozara de tan buen apetito. Ha trabajado mucho, pero también ha comido mucho. Lo necesitaba su cuerpo macizo, de abultados músculos.

Hace cinco meses comenzó a sentirse mal. No del apetito, que comía como de costumbre, sino del ánimo. Fué al pueblo y consultó al boticario, que tiene fama de médico entre los campesinos. Este le dió algunas medicinas y le ordenó un régimen estricto. Dieta, abstinencia de pan, carne y vino.

Pero Don José Dolores estaba acostumbrado a los reveses de la fortuna y no tomó a lo trágico la indicación agorera del boticario.

Ese mismo día pasó al pueblo a saludarme. Eramos muy amigos. Como yo nada sabía de su enfermedad, pero sabía de su apetito, lo invité a almorzar. Delante de él hice colocar un azafate bien provisto de fiambres, pan y vino tinto. Mientras comía el pollo, presa por presa, me iba contando la historia de su enfermedad y ya había terminado la carne, el pan y el vino, cuando

llegó al punto culminante: el régimen que se le había impuesto.

Como yo lo mirase con asombro, él me tranquilizó risueño:

—Como no he empezado todavía con el régimen, me he servido un poco.

Pero su buena o mala estrella, le impidió en vida someterse al régimen. Sus poderosas mandíbulas siguieron devorando asados y tortillas, a pesar de las advertencias del boticario. Su apetito no decayó. Sólo vino a perderlo en los últimos días.

Me contaron en el pueblo que del campo vinieron a buscar al misionero para que conferenciara con él. El padrecito es uno de los capuchinos alemanes, de rubia barba y azules ojos ingenuos. El padre le preguntó al mozo que vino a buscarlo:

—¿Cómo sigue Don José Dolores?

Y el mozo contestó:

—Mal, padrecito. Ya no come.

—Caramba, dijo el padre, con esa franqueza característica de los alemanes. Entonces sí que está grave.

Montó a caballo en seguida y al galope se dirigió a la ranca del colono.

• • •

Nuestros campesinos son buenos. Rudos y buenos, pero en el fondo de su alma hay un diablillo, un diablillo astuto, tramposo y socarrón que está siempre de guardia. Ahí, en el fondo de su alma.

El campesino es bueno, ingenuo, desprendido, pero el diablillo le habla al oído, confidencialmente, y le enseña a hacerse el lesa, a echar zancadillas. Y al fin resulta que esa bondad se descolora y aparece sólo el aspecto mezquino, zocarrón.

Así son todos en estas montañas. El finado Don José Dolores, como los otros, tenía también su diablillo malévolo y astuto. Claro es que la lucha con la selva les infiltra su mezquindad, su avaricia, su torpeza. Y luego la feria, su embrujo sobre las almas, el regateo insidioso para sacar un precio mejor de cualquier manera.

El día que almorzó conmigo me contó que el boticario le había cobrado veinte pesos por remedios. Veinte pesos es una suma fantástica, sobre todo cuando se ignora si con ellos se recobrará la salud.

Entonces, don José Dolores le propuso un negocio al boticario.

—Oiga, On Felipe, le dijo. Usté me da los remedios, todos los que me van a sanar. Si sano, le pago cien pesos. ¿Qué ice, On Felipe?

Don Felipe, el boticario, un alemán que ha adquirido a fuerza de vivir entre ellos, todas las malicias criollas, le contestó que no le convenía.

Don José sacó los veinte pesos que tenía atados en un pañuelo de hierbas y los pagó.

Pero, al fin, esta no fué sino una proposición y no tuvo malas consecuencias para el finado. Más grave fué

otro negocio, en que el alma avara de Don José Dolores reveló toda su mezquindad campesina.

Era el finado, tutor de los hijos de un amigo que falleció. Y falleció también la madre. Don José Dolores cuidó de los huérfanos y cuidó también de la hijuela que colindaba con la suya. Hizo negocio con los animales del amigo muerto e implantó mejoras en el campo. En tal forma, que consideró la hijuela como suya, y quiso quedarse con ella. Pero los hijos, grandes ya, defendieron su herencia. Don José Dolores recurrió a tinterillos que lo explotaron. Los billetes ganados en la feria pasaban a los bolsillos insaciables de los leguleyos lugareños.

Este pleitear mezquino fué poco menos que su ruina. Por esto su fortuna, holgada y sin trampas, ha mermando mucho. Ya se verá lo que resta de su esfuerzo tenaz de agricultor, cuando lleguen las cuentas de los despacheros del pueblo.

Manos gruesas, poderosas mandíbulas, alma mezquina.

Ahí tenéis el vivo retrato de Don José Dolores Carrasco, colono chileno de la montaña. Dadle, señor, el eterno descanso.

* * *

El rosario ha empezado ya. Es el primero. Son muchos. Rezarán toda la noche y mañana todo el día y otra noche entera. Dos noches y un día. El cuerpo lo pide, dicen.

Muchos son los que rezan. Casi todos los vecinos de la montaña. Este es el consuelo de la familia del finado. El velorio ha sido un gran velorio.

Pero no hay que pensar que todos los que han concurrido al velorio querían a Don José Dolores. Más bien, lo temían. Pero asisten, porque gustan de los velorios. El velorio de un hombre como Don José Dolores tiene que ser bueno. El mismo colono, pocas horas antes de morir y dándose cuenta de su estado, ordenó carnear una vaquilla, un cordero y degollar varias gallinas. Es mucho esto, pero un gran velorio así lo exige.

—Que no vengan a decir después que no ha sido bueno el velorio, comentan los deudos, esposa e hijos del finado.

El mosconeo interminable de las rezadoras continúa. Se oyen, de improviso, voces altas que imploran a la virgen.

—Ruega por alma del cuerpo presente y por todos nosotros.

Muchos sufragios ha de necesitar el alma del colono. Recemos con ellos este primer rosario y pidamos por él:

—Salvad el alma del finado José Dolores Carrasco, Santa Virgen María.

Padre Sebastián Englert.

Pucón.